

Cup 405. c. 64.

**CARTA AL GENERAL D.  
Antonio Quiroga, dirigida por  
D. Gregorio Lluelles, vindi-  
cándose de las calumnias con que  
D. Nicolas Santiago Rotalde  
lo zahiere en su Manifiesto.**

**M**i General: Reposaba lleno de satisfaccion con la idea de que V. S. estaba cerciorado por ciudadanos beneméritos, y que gozan de su confianza, de la conducta patriótica que observé en Cádiz la célebre noche del 24 de Enero del presente año: mas célebre por las novelas á que ha dado lugar, que por la utilidad que produjo en beneficio de la Patria el acontecimiento verificado en ella. Contento con la aprobacion del capdillo de los restauradores de la libertad española, no aspiraba á que mis designios y hechos por la misma causa tuviesen la publicidad de la imprenta, quando el Manifiesto del Coronel D. Nicolas Santiago Rotalde, con apariencias de informar á V. S., vino á turbar mi tranquilidad, y á obligarme á ser historiador de mí mismo. Puesto en este estrecho, en que jamas temí que ningun hombre fuera osado á colocarme, referiré con sencillez y verdad la parte que tuve en los sucesos de la célebre noche enunciada, protestando que solo la necesidad de rebatir las imputaciones calumniosas del Sr. Rotalde contra mi reputacion me mueve á llamar la atencion de V. S. y del Público ácia mi persona, la qual como podia ser bien vista de aqui en adelante si dejaba pasar impunes las infames notas de cobarde y defraudador!



El primer ultraje que el Sr. Rotalde me hace es llamarme á secas *D. Federico Duellas*, sin dignarse de nombrarme con el grado de mi clase, el cual le consta muy bien con motivo de los procesos formados en Barcelona á causa de las miras patrióticas del General Lacy. Tampoco ignora la antigüedad de mis servicios, la calidad nada vulgar de ellos, y las muchas heridas recibidas en defensa de la Nación con que está señalado mi cuerpo. Algunos años antes que le hubiese podido pasar por la imaginacion entrar en la carrera militar, ya habia estado yo de guarnicion en esta Plaza con el batallon de Gerona en que servia. No puedo jactarme ciertamente de haber empezado á militar con el grado de capitán; pero puedo hacer alarde honroso de haber dado principio á mis servicios por las tres clases que abren la puerta á los honores de la noble profesion de las armas. Fui simple soldado, lo fui distinguido, y ultimamente, viendo mis padres mi empeñada resolucion en seguir la carrera de las armas, dispusieron que sirviese condecorado con los cordones de cadete, quedando con el sentimiento de que siendo hijo único, y con aptitud de gozar tranquilamente de sobradas conveniencias, me espusiese á las fatigas y riesgos de la vida que abrazaba con tanto ardor.

Por modesto que sea un hombre (y yo me tengo por tal) la memoria de ciertos méritos contraidos induce una tal elevacion de ánimo, que dificilmente se humilla á querer reconocer por superior á otro que no le iguale, si no le escede en merecimientos. A veces estos estan disminuidos por la calumnia, y otras veces exagerados por la preocupacion de los ignorantes ó parciales. Sea como fuere de la aplicacion que de esta máxima se pueda hacer á las prendas que adornen ó defectos que desluzcan la persona del Sr. Rotalde, confieso sinceramente que de ningun modo queria asociarme con él para la operacion del famoso 24, por mas esfuerzos que para vencer mi repugnancia hacía el alférez de navío *D. Olegario Cueto*. Me asistían motivos poderosos

para no ceder, teniendo presente los sinsabores que el Sr. Rotalde padeció en Barcelona á costa de alguna sangre por la nota con que era mirado de poco afecto á los designios generosos con que el General Lacy y tantos valientes compañeros suyos meditaron la salvacion de la Patria. Sin embargo de estas amargas consideraciones, cuyo fundamento no pude apurar en aquella sazón á causa de hallarme preso en la ciudadela de Barcelona, y á pesar de no tener formado el mas alto concepto de los talentos del Sr. Rotalde para dirigir y llevar á cabo una conspiracion tan importante, la amistad de Cueto y los deseos de contribuir al bien de la Nación hicieron que diese mi palabra de avistarme con dicho señor. De la conferencia que tuve no saqué las mejores consecuencias para prometerme un feliz éxito; y por tanto quise separarme de una asociacion, cuyo gefe iba á precipitarnos. Solo Cueto y el ayudante del General Riego *D. Joaquin Pérez*, á quien tenia en mi casa el dia que regresó á la Isla, me impelieron á confiar en que el plan tendria el buen resultado que apeteciamos, atendido el gran concepto y alto predominio que el Sr. Rotalde nos manifestaba tener en todo el pueblo de Cádiz. Consideré tambien que en fuerza de tantas prevenciones y de lo delicado de la materia obraria con madurez, circunspeccion y sigilo; y que si en el acto de poner mano á la egecucion de la grande empresa ocurria algun incidente contrario á lo que habiamos previsto, se aconsejaria al punto con alguno de nosotros para variar el plan segun las circunstancias y las fuerzas disponibles. El ansia de conseguir con cualquier instrumento la libertad de Cádiz me cegaba, teniendo tantas premisas del malogro de la empresa, pues en las reuniones de varios sugetos que hubo sobre ella, noté en las que yo asistí, que las conversaciones se reducian á muchos proyectos, y finalizaban sin concluir nada, á pesar de la continua peroracion del Sr. Rotalde, que siendo el que proponia y resolvia, debió haber procurado que se estableciese en virtud de sus arengas algun acuerdo formal





4  
por cuyo motivo salíamos Cueto y yo no poco incomodados de tales juntas.

Como son pocos los panegíricos en que los elogiadores no luzcan su habilidad con detrimento de la reputacion de algunos para realzar mas las prendas de su héroe, el Señor D. Nicolas Santiago Rotalde que tomó á su cargo dispensar coronas cívicas á ciertos sugetos que poco ó ningun mérito contrageron, fue á buscar el contraste en Nobos, que justamente merece la execracion pública, y en mí, que por mas que omita mi grado y desfigure mi apellido, nunca será reputado sino por un celoso y arrojado servidor de la Patria. Los cargos que me hace son dos; pero de tanta entidad, que si fueran ciertos, no merecia ni alternar con mis compañeros de armas, ni vivir mas en sociedad con españoles. Me imputa en su Manifiesto que ofrecí 500 hombres. Es indudable que conté, y así se lo referí en los mismos términos, con este número de gente para egecutar una revolucion proyectada y dirigida por mí con mucha antelación á la ruidosa del 24. D. Olegario Cueto que estaba en el secreto de mi designio, tiene hablado á V. S. acerca de él, y me remito á su narracion. Por lo que hace á mi oferta, 80 españoles solamente fueron los que me obligué á presentar la noche del levantamiento que trazaba el Sr. Rotalde. Habiéndose dilatado su egecucion, hice presente á Cueto y á D. José María Gutierrez de la Huerta que la gente se habia enfriado con la demora, y que solo contaba con unos 40, no bastando mis exortaciones, ni los gastos de mi bolsillo y del de otros, para mantenerlos á todos firmes en el propósito de ayudar á la salvacion de la Patria.

Catalanes eran por la mayor parte mis parciales, y ninguno extranjero. Sepa D. N. Santiago Rotalde que he hecho gran parte de mis estudios, y los mejores, que son los de matemáticas, en Francia. Como á ellas agregué nociones de economía política, y bastante aficion á la Historia, adquirí sobrados conocimientos para no incurrir en la necia fealdad de proponer á ninguno que no fuese español se me-

5  
elase en asuntos que directamente no le pertenecian. ¿Que entusiasmo habia de prometerme de unos extranjeros en la árdua empresa de aventurarlos por establecer, restaurar, ó consolidar los cimientos de la felicidad de otra nacion? Los mercenarios no tienen patria. Para volver por el honor de ésta se requiere un punto tan subido de ardor por la felicidad del suelo nativo, que á veces los mismos nacionales, como vivan á espensas de la opresion, no sienten ni una centella de aquel incendio divino que inflama á los que no tienen mas interes que el bien que les toca en la prosperidad general.

Efectivamente 40 españoles asistieron por mi parte á la revolucion del 24. De los constantes hasta el fin hubo alguno que se distinguió por su valor; ninguno fue inferior al mejor de otras partidas, y algunos sellaron con su sangre la firmeza de su resolucion. D. Francisco Bernés recibió en el pecho dos culatazos de fusil por un soldado del regimiento de la Lealtad, al retirarme del rastrillo de Puerta de Tierra haciendo fuego con seis hombres en frente de los Pavellones de S. Roque. De resultas de los golpes murió Bernés, jóven fino y acomodado, del comercio de Barcelona; y por consiguiente que se me agregó por amor á la Patria, y no por interes pecuniario. A mi lado fue herido de un balazo Francisco Fernandez, el cual falleció despues. Otro patriota, de quien corren voces de que era panadero, fue herido mortalmente cerca de mí.

Cuarenta hombres, repito, presenté con varias adiciones de gente de la misma clase. Ademas: jóvenes de la esfera mas distinguida y de un brio admirable, se me juntaron en fe de mi buena reputacion, prefiriéndome, siendo forastero, al Sr. Rotalde, que es natural de Cádiz.

Mas de los 40 hombres tuve á mi disposicion y obraron bajo mis órdenes aquella noche. El benemérito ciudadano D. Ramon Bujan de Castro me presentó 50 contrabandistas, que eran los mismos que en grupos bien ordenados por mí, y no por el Sr. Rotalde, se hallaban des-

6  
de las 7 de la noche en la plazuela de la Cruz de la Verdad. Entregué diez onzas de oro al gefe de ellos Isidoro Aldaiturriaga, conocido por el Viscaino, en presencia de dicho Castro y del regidor D. José Díez Imbrechts, deducidas de las doce que recibí de mano de D. Nicolas Santiago á la caída de la tarde de dicho día 24 en la puerta del Mar. Estos contrabandistas, cuya colocacion y buen orden se atribuye el Sr. Rotalde, quizá porque en el poco tiempo que presencié el fuego observé que de ellos no asistieron doce, venian armados de trabucos y escopetas. No todos. Unos cinco ó seis, entre los muchos que carecian de armas, entraron en el Parque á proveerse de ellas al mismo tiempo que los soldados de Soria se apoderaron de dos cañoncitos. Las armas que los contrabandistas tomaron fueron unos malos y mohosos sables.

Ya he dicho á V. S. que los grupos bien ordenados que se apropió el Sr. Rotalde, no debieron á este su presentación. Ahora añado que tambien por mi buena fama se verificó la presentación de nuevos cooperadores. D. Felix Lema, ciudadano digno del aprecio de la Nacion, me ofreció dicho día 30 hombres, á los que me consta gratificó bien de su bolsillo. No se quedaron sin obrar y sin padecer, como lo testifica la cicatriz de un bayonetazo dado en el pecho á D. N. Ramirez, uno de ellos. De suerte que no puedo comprender con qué arte el Sr. D. Nicolas se ostenta al Público como enganchador de contrabandistas, cuando si algunos de estos estuvieron próximos á seguirlo, desistieron en vista de que no los gratificaba: lo que infero del aviso que dos veces me trajo D. Manuel de la Vega, diciéndome que una porcion de contrabandistas que esperaban en la plaza de S. Antonio para tomar parte activa en la empresa, se detenía porque no se les gratificaba. Yo le respondí que sentia mucho no hallarme con medios de incitarlos á obrar en compañía de mi gente, para la cual solo habia recibido el dinero del Sr. Rotalde, y 20 onzas en oro del Sr. Díez Imbrechts, y todavía no podia valuar á cuanto ascenderian los gastos con

7  
la gente que habia, convocada por mí y en mi nombre.

A este propósito me ocurre deshacer la equivocacion que D. Edmundo Shelly padeció en su cuenta por lo respectivo á la partida que supone me entregó. El Sr. Rotalde, despues de haberme dado las doce onzas, me previno fuese á casa de Shelly por el dinero restante. Lo verifiqué. No queriendo yo recibir el dinero que Shelly me daba en plata, lo entregó á mi vista á D. Manuel del Castillo para la caballeria, y me embió á casa del Sr. Díez Imbrechts, de quien recibí las 20 onzas referidas. De estas entregué doce al capataz de cuadrilla Jaime Gros: dos se repartieron en monedas de dos y cuatro duros á los paisanos que se hallaban en las tabernas inmediatas, cuyo cambio para pagar la bebida me hizo, á las 7½ de la noche, la dueña del café de la Victoria. Benito Calvet, que se halló de mi orden con 8 hombres en la calle de la Botica, y acudió con ellos al llegar la tropa de Soria á los pavellones, recibió de mí en el acto dos onzas de oro para repartir á su gente. Despues de frustrado el golpe, y verificada la dispersion de los patriotas, entregué otras dos onzas á dos de ellos para que las repartiesen entre sus compañeros en premio del valor y constancia que habian tenido. Las cuatro onzas que me restaron, fui á restituir las á un sugeto á quien por su modestia no nombro; pero que es bien conocido de V. S. y de los demas gefes del Ejército Nacional por los muchos sacrificios pecuniarios que ha hecho en beneficio de la Patria, á cuya libertad ha contribuido tanto como haber facilitado el primer golpe. Esta es la verdadera entrada y salida del dinero que se puso á mi disposicion, y la cuenta producida por los SS. Pórcel, y Shelly está equivocada en las dos partidas que me cargan, y debe reformarse. Tengo demostrado á V. S. que presenté la gente que ofrecí al coronel Rotalde, y que fui exacto en la distribucion del dinero que se destinó para gratificarla. Ahora voy á probar que fui el primero que me aventuré á la egecucion de la empresa, y el último que me retiré de ella, ha-



8  
ciendo al paso un servicio de bastante entidad.  
D. Nicolas Santiago me habia encargado en la mañana del 24 que me apoderase del Parque al repique general de campanas, que debia sonar á las 8 de la noche. Le di palabra de tomarlo. Mas quedé libre de este encargo cerca de anohecer en el acto de entregarme el dinero, recomendándome solo que tuviese lista mi gente á las Animas en las inmediaciones de los pavellones de Artillería. Así lo cumplí. Sin embargo se arroja á decir en su Manifiesto que pocos minutos antes de las 8 se encaminó al Parque, y no me halló en él. Si estaba distraído con la confusion de ideas que vagaban por su cabeza, meditando la fuga en caso de un reves, otros que tenian la mente mas despejada me vieron y me hablaron, y lo tienen bien presente en la actualidad. ¿No se acuerda el Sr. Rotalde que á la misma hora que él cita, llegó á la plazuela de la Cruz de la Verdad, donde me halló con mi gente, y lo acompañé hasta la puerta de los pavellones de Artillería cuando él subió por las llaves del Parque? ¿Se le ha borrado de la memoria que cuando bajó volví á acompañarlo con una porcion de mis paisanos hasta la puerta del Parque? Testigos de ello fueron D. José María Gutierrez de la Huerta y D. Javier Rodriguez de Leon, á quienes en aquel mismo sitio informé del inmediato rompimiento de la revolucion que se iba á verificar, mientras cinco ó seis de mis paisanos tomaban sables. D. Blas White en compañía de D. Pedro de Donesteves y D. José María Cisneros se hallaba en frente del Parque esperando la reunion de las fuerzas combinadas, y me vió desde el principio.

Tocaron retreta las cajas. Viniendo todos los destinados á puerta de Tierra en un moderado silencio, rompimos en las voces de *viva la Constitucion, viva la libertad* al pisar la plaza de San Antonio. Tengo la fortuna de que el Sr. Rotalde confiese que me vió en el camino; y pues omite un hecho importante que egecuté á la puerta del Coliseo, sin duda porque con la prisa que llevaba no estaba para observar, lo re-

9  
feriré aquí. Como la mayor parte de los paisanos, ó no venian armados, ó lo estaban mal, nos ocurrió apoderarnos de los fusiles de la guardia de la Comedia. D. Blas White fue el primero que se abalanzó al centinela, y se puso á forcejear con él para desarmarlo: acuden soldados á defender su compañero, concurren patriotas en ayuda del valiente White. Viendo yo aquella lucha, corro con mi sable, y decido la cuestion, facilitando el desarme del centinela, y en seguida los patriotas se repartieron los fusiles de aquel puesto. Compare V. S. dos pedreros sin municiones, y cinco ó seis sables mohosos, proporcionados por el Sr. Rotalde, con unos veinte ó mas fusiles adquiridos con tanta resolucion, y colegirá que si el plan de la revolucion fue absurdo, los instrumentos preparados para la egecucion eran del todo inútiles. Efectivamente estos fusiles sirvieron para hacer fuego, y los pedreros no sirvieron mas que de embarazo, y no llegó la ocasion de hacer uso de los sables.

Es notable que al pasar por la plazuela de la Cruz de la Verdad no ocurriese al Sr. Rotalde prender al general Villavicencio, cuya operacion hubiera sido muy fácil, y muy ventajosa para impedir que se tomasen disposiciones contra la libertad, las cuales el dicho general puso en práctica al instante que respiró del ahogo que creyó le amenazaba. Si en esta parte el Sr. Rotalde anduvo distraído, en estrañar que el pueblo, en vez de unirse, huyese y se encerrase en sus casas, descubre su ignorancia en conocer lo que es pueblo. Personas desarmadas y desprevenidas, sin noticia ni indicios del plan, ¿que debieron hacer sino despejar el camino para facilitar la empresa á los que eran convocados á ella? Los curiosos que se nos agregaron sin mas armas que su buen celo, no podian servir sino de confusion é inspirar cobardia á la vista del peligro, porque haciendo uno punta á correr, poco á poco armados y desarmados, tímidos y valientes siguen el ejemplo de la fuga. Muy libre y muy valiente fue el pueblo romano; y sin embargo vió sacrificar sin vengarlos á los tribunos que mas

adoraba: y es de advertir que dentro de Roma no habia entonces cohortes ni legiones, cuyas armas infundiesen terror al pueblo.

Dice el Sr. Rotalde que poco antes de llegar á puerta de Tierra desapareció, y no me vió mas; pero es constante que con los paisanos que tenia á mi mando seguí en la columna desde la plazuela de la Cruz de la Verdad hasta el rastrillo de puerta de Tierra, donde estuvieron á mi lado los ciudadanos D. Miguel Garicochea, D. José María Gutierrez de la Huerta, D. Blas White, y otros jóvenes distinguidos, á quienes no conozco por sus apellidos. Es verdad que muchos paisanos de menos obligaciones que estos se fueron quedando atras en el camino, á pesar de mis esfuerzos para contenerlos, ayudándome en ellos Garicochea, y en las exortaciones con que les representábamos el bien de la Patria, que íbamos á conseguir con pronto y feliz suceso.

Empezó el fuego; y á los primeros tiros se llegó á mí el Sr. coronel D. Nicolas Santiago Rotalde, y tocándome una muñeca, me dijo: *aguántese V. aquí mientras voy á dar órdenes.* Y pronunciado esto, desapareció mas veloz que un ciervo acosado. El fuego apenas duró quince minutos, del que se dirigió gran parte sobre mi gente, ya desde las ventanas de los cuarteles de S. Roque, ya sostenido por una guerrilla que salió fuera del rastrillo del cuartel. La guerrilla se esparció, tiroteándonos por todos lados, y al instante se le agregaron soldados de los mismos de Soria, con cuyo apoyo contaban los patriotas. Estos, viendo la traicion, y oyendo los desentonados gritos de *viva el Rey* de aquellos desleales, se desanimaron y empezaron á dispersarse. Yo tuve el honor de ser el último á retirarme con cinco de mi partida.

De los sucesos posteriores ocasionados por esta mal trazada conspiracion, nada diria, pues son tan notorios, si el Sr. Rotalde no se jactára de que la noticia de ella despertó el espíritu de los españoles. Tan lejos estuvo de ser

asi, que no pocos se intimidaron, recelosos de que sus intentos tuviesen las funestas resáltas de Cádiz. El despotismo se acrecentó con ferocidad espantosa, manifestada en prisiones, destierros y malos tratamientos, no satisfecho con la sangre derramada alevemente y con los robos hechos aquella noche por las calles, preparando con este ensayo las atrocidades del lamentable día 10 de Marzo: los patriotas cuerdos calificaron de asonada pueril, alboroto, tumulto, ó sedicion el ruido del 24 de Enero, por lo mal dispuesta que estuvo la conmocion. De forma que el despotismo se avivó, y el patriotismo de muchos cayó en desmayo. Ni pudieron ser otras las consecuencias, mirado en sí el caso. ¡Valiente invencion romancesca se necesita para asegurar que dependieron de él los acontecimientos de Galicia y de otras provincias! Gracias á la confianza que inspiraba la posicion inespugnable del Ejército Nacional en el mismo sitio donde se estrelló todo el poder de Napoleon, y al consuelo que infundia la columna volante del general Riego, proclamando la Constitucion, y peleando heroicamente por los pueblos de Andalucía; que si no, mil conspiraciones urdidas como la del 24 de Enero en Cádiz no hubieran producido mas efecto que apagar el patriotismo mas ardiente.

Si yo fuera á censurar todos los cuentos y novelas con que el Sr. Rotalde ameniza su Manifiesto para cautivar la pobre gente con lo maravilloso, no acabaria el análisis en muchos pliegos de papel, y vendria á pintarlo como un caballero de la Mesa Redonda, en cuyo concepto debe ser tenido en tanto que no presente mas pruebas que las que alega, incluyendo el perro alano, la cueva arenosa, el sacristan, el marinero valenciano, y las tigreras *mojosas* con que se trasquiló los vigotes. Se conoce que tiene bien estudiadas las novelas de Arnaud, y los dramas sentimentales mas lastimeros, y que aprendió perfectamente á poner en salvo su persona. Para las dos conspiraciones de su invencion de que habla en su Manifiesto, escogió los dias en



12  
que estaba de gefe. La primera se le malogró por un incidente fatal: nada menos que presentarse un ayudante de plaza á citar al cuartel de Santa Elena, para verse con el teniente de Rey, á varios individuos del batallón de Soria, cuya única fuerza guarnecía entonces á Cádiz. ¿Que le impidió arrestar al ayudante y hacer salir el batallón, y partir con él á la empresa que meditaba? Dice que no desistió de su proyecto; pero que la noche fué lóbrega y terrible. En cuanto á la lóbreguez, no tenemos noticia de que la noche del 5 de Enero se apagasen repentinamente todas las luces de las farolas de las calles. En cuanto á la terribilidad, es constante que no solo no hubo terremoto; pero ni uracan siquiera, puesto que á ser tan malo el tiempo no se hubieran evadido del castillo de S. Sebastian los que aquella noche lograron embarcados tan felizmente su libertad.

Si al poner en práctica la noche del 24 su gran proyecto vió que le faltaban los principales instrumentos para egecutarlo; ¿por qué no varió de plan, y no adoptó el que espone al fin de su Manifiesto, que me parece tan acertado? Me responderá que entonces no le ocurrió semejante idea, y que habiendo despues oido que algunos críticos lo substituyeron al suyo, se lo apropió como cosa comun de todos, pues andaba en bocas de tantos.

No le quiero pasar la gran satisfaccion con que dice que se encargó de la prision del general Campana, por más difícil. Un hombre que lo *conocia tan perfectamente y sabia herir la fibra de su vanidad*, no podia tener por difícil el lance para sí. Efectivamente le faltó tiempo á Campana para salir del pavellon de Santa Elena con el ayudante de plaza Durán. ¿Y que hizo en suma el gran conocedor, y heridor de *vibras* de presuncion? lo que un perro ventor: esto es, levantar la caza para que buenos tiradores la maten. ¿Y quienes fueron los otros campeones encargados de prender al vil Gabarri, comandante de los ladrones y asesinos Guias, al coronel de América, y á los ayudantitos Cam-

13  
pana y Córdoba, y á Ballesteros? A fe que dieron buen cumplimiento á su obligacion. A lo menos serán amigos del Sr. Rotalde, pues no los ha sacado á la vergüenza que merecen.

Me hace el honor de confesar que la noche del 24 *contó solo conmigo*; y esta cuenta no la podia echar sino bien cerciorado de mi firmeza, y de la exactitud en el cumplimiento de mis palabras. Quizá si se hubiera encomendado á mí despues del malogro de su desatinada conspiracion, lo hubiera puesto en la Isla, sin sustos ni fatigas, sin hambres ni sedes, y sin perder un pelo debajo de su nariz, en la misma forma y modo con que salvé al sabio patriota D. Antonio Alcalá Galiano, al ayudante del general Riego D. Joaquin Perez, á D. N. Guillon, y á otros varios. Bien le consta he tenido continuamente á mi disposicion dos buques de generosos extranjeros afectos á la libertad de nuestra Patria, con destino á salvar los gefes del Ejército Nacional en caso de una desventura.

Juzgo, mi General, que lo espuesto, que estoy pronto á justificar con los testigos citados, dará nuevo peso á los informes que disiparon las nieblas que relaciones falsas esparcieron sobre mi conducta en el concepto de V. S. Espero que la aprobacion de tan ilustre gefe servirá de guia á la opinion que de aquí en adelante formen de mí mis compatriotas que hayan sido seducidos por el Manifiesto del Sr. Rotalde. Solo me queda un sentimiento, el cual me durará toda mi vida, y es que el Sr. Rotalde me haya arrastrado con su imprudencia de meterse á historiador sin genio y sin instruccion, á dar nuevo colorido á ciertas circunstancias que deben omitirse, ó indicarse á lo lejos, en las narraciones de los hechos que tienen por blanco la libertad y gloria de la Patria. Hubiérase valido él de otros medios para satisfacer la curiosidad ó acallar la maledicencia de algunos; pero abstuviérase de formar un ridiculo bambuche de lo que debiera ser una pintura de Apeles. ¿Quien, sino él, ignora que si cada héroe particular ha tenido de-

14  
bilidades y flaquezas propias de la humanidad, los que fueron instrumentos de su fama estuvieron sujetos á soborno y á miras corruptas, y á las impresiones de sonidos agradables que penetran en los ánimos poco, ó nada, ó mal cultivados? De estas reflexiones colijo, mi General, que los que tomen á su cargo referir algun hecho que tenga alusion con la heroica empresa de que V. S. fue caudillo, consulten primero sus fuerzas intelectuales, y cuiden de separar de las acciones del patriotismo las pensiones generales de nuestra naturaleza. De este modo el ESPIRITU ESPAÑOL lucirá con todo el brillo de su resplandor singular, y las propiedades características de la Nacion estarán descritas con el decoro competente. Dios guarde á V. S. muchos años para la prosperidad de la Nacion.

Cádiz 11 de Abril de 1820.

Gregorio Lluelles.

Sr. General en Jefe del primer Ejército Nacional D. Antonio Quiroga.

CADIZ. Año de 1820.

Imprenta de Carreño. Calle Ancha.